



LEER UN MENSAJE
AJENO PUEDE
CAMBIAR TU VIDA...

LA MUJER GEOMÉTRICA

VICENTE MARCO

«PERTURBADORA, LA MEJOR NOVELA DEL AUTOR
DE OPERA MAGNA»

Leer un mensaje ajeno puede cambiar tu vida... Sara, una mujer de mediana edad, descubre en el móvil de su hijo un mensaje que la aturde. De su lectura se desprende que Mario, de tan solo diecisiete años, mantiene una relación sentimental (¿o únicamente sexual?) con una mujer mucho mayor que él. Ese descubrimiento hace que Sara, contra la opinión de Humberto, su marido, intente contactar con esa desconocida para disuadirla de continuar con Mario. Lo que Sara ignora es que sus pesquisas la sumergirán en una inquietante espiral que hará saltar por los aires las convenciones de una vida marcada por la rutina y la ausencia de alicientes, para adentrarla en un sendero tan excitante como turbio y peligroso. Vicente Marco, el galardonado autor de novelas tan memorables como *Opera Magna* o *Los trenes de Pound*, nos conduce por los vericuetos de una trama absorbente. El lector, como la misma protagonista, llegará a su desenlace siendo otro distinto del que inició el trayecto.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La mujer geométrica](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Sobre el autor](#)

«¡El deber! ¡El deber! Qué demonios, el deber es darse cuenta de lo que es grande, querer lo que es hermoso, y no aceptar todas las convenciones sociales, junto con las ignominias que la sociedad nos impone».

**Rodolphe en *Madame Bovary*,
de Flaubert.**

«Es chocante que lo que más temor inspira a los hombres sea aquello que les aparta de sus costumbres».

**Raskólnikov en *Crimen y castigo*,
de Dostoyevski.**

Capítulo I

En aquel tiempo que hoy parece tan lejano, podíamos considerarnos una familia feliz. Humberto y yo, nuestro querido Mario. Vivíamos en una casa propia, céntrica, grande. La habíamos pagado ya, teníamos coche, dos viviendas alquiladas y eso que llaman un colchón financiero donde reposar sin miedo ante las turbulencias económicas que se acercaban.

Pero nuestro *sólido* mundo de bienestar comenzó a resquebrajarse una tarde cualquiera por culpa de dos *bips* en el móvil de mi hijo y unas palabras en la pantalla:

«No me importa tu edad, en serio.
Follas mejor que muchos hombres
con treinta años más. Hemos empezado algo
grande».

El mensaje fue adquiriendo volumen poco a poco, como uno de esos tumores de potencial malignidad. En mis ensueños de mañanas dominicales había imaginado de mil maneras diferentes el momento en que me presentaría a *su chica*. Le había creado un arquetipo de novia. Imposible describirlo sin caer en el tópico: *Guapacongustoparavestir-trabajadora ydeunafamiliacomonosotros*. Y rubia a ser posible. Nada que ver con la que vislumbré al instante: una hija de puta que se niega a envejecer ungida de potingues y maquillaje, embellecida con bronceado, bótox, abundantes rellenos de silicona, exhibiendo llamativas minifaldas y blusas escotadas hasta el ombligo.

Tras el mensaje, llegaron los gritos, los portazos. El incesante «¿jme has mirado el móvil!?, ¿jmamá, el móvil también!?, ¿jtambién el móvil!?!», flotando en el salón. Mis respuestas titubeantes: «Sonó...», «estaba ahí encima...», «lo hice por bien...», «habías ido a ducharte...». Y su rostro crispado cuando sale de la habitación, ya con la chaqueta puesta, y yo lo persigo por la casa: «No voy a dejar de insistir por mucho que te duela porque soy tu madre. Una voladura pasajera puede arruinarte la vida si la tomas demasiado en serio. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo está tan convencida de que habéis empezado algo grande...?».

Humberto llegó casi a las diez. Le conté. La discusión con Mario. El mensaje de teléfono. Las palabras que me habían quedado grabadas en la memoria. «Follas». «Edad». «Amor». «Construyendo»...

Se quitó las gafas y se pinzó la nariz con los dedos, algo que hacía muchas veces. Un gesto de impotencia.

—¿No piensas decir nada?

—Tiene diecisiete años. No podemos andar siempre tras él como si aún fuera un niño.

—Ya. ¿Y qué... qué hacemos entonces? Es una mujer mayor, muy mayor, *con la que ha empezado algo grande*. ¿Lo imaginas? Llevo toda la tarde... No he ido a zumba. No he hecho nada. Puede que sea una de esas solteronas que va con unos y con otros, o que esté divorciada. Incluso puede que sea puta, o que su marido le pegue y Mario tenga...

Humberto alzó las palmas de las manos.

—Sara... Hay que tratar esto con cuidado.

Yo conocía muy bien qué significaba «tratar esto con cuidado»: esperar a que el tiempo lo resolviera, no actuar, quedarnos quietos. Eso significaba. Pensé: «Tenemos que hacer algo», pero no lo dije porque se notaba que Humber-

to tenía ganas de tumbarse en el sofá, alejarse del problema. Aunque aquel no fuera un problema pueril ni transitorio por mucho que él lo deseara. Se trataba de uno de esos momentos cruciales en los que una decisión errónea destruye las vidas para siempre. Lo supe con certeza entonces. Estábamos a punto de perder a Mario. La voz me lo susurraba en el oído. Una y otra vez: «Lo estás perdiendo. Tanto tiempo criándolo y ahora, así, de un soplo, lo estás perdiendo... Perdiendo. Perdiendo».

«Perdiendo...».

Cuántas veces me he acordado después de mi amiga Claudia cuando decía que las desgracias nunca llegan de repente, que son las personas quienes las llaman, poco a poco, con sus injustificados temores diarios.

A la mañana siguiente, después de que se marchara al instituto, aproveché para aventurarme entre sus cosas. Me provocó cierta atracción. Algo parecido a las experiencias que compartíamos Humberto y yo algunas deliciosas tardes de domingo cuando el aburrimiento nos caía encima y ya habíamos paseado, leído, quedado con amigos, o nos habíamos hartado de la televisión. Entonces él planteaba el inicio de una historia en la que siempre había alguien a quien matar por culpa de una infidelidad, un robo, un secuestro... y yo me encargaba de diseñar el crimen perfecto que él iba desmontando después con suficiencia.

El cuarto de Mario semejaba la réplica del caos en diez metros cuadrados. Camisetas, ropa interior, revistas, chaquetas, libros, pulseras, pañuelos, folios, apuntes... amontonados en un revoltijo como si un ciclón hubiera entrado en un mercadillo. Había fotos también. Fotos con amigos. Fotos antiguas de cuando era más pequeño... Y el ordenador, por supuesto. Me tembló el dedo cuando pulsé el botón del encendido y el aparato se despertó con un lamento grave. En la pantalla apareció un fondo con dos perros ne-

gros. Grandes. Desconocía la raza. Tampoco sé mucho de perros. No sé mucho de nada. Dos perros grandes con poco pelo y aspecto asesino. Ambos encima de una cama deshecha. A uno de ellos le caía la baba hasta la sábana.

Imaginé el olor de aquella habitación. ¿La habitación de ella? Nunca he soportado el hedor de los perros, de la piel o el pelo de los perros, ni siquiera el de esas galletas largas que venden en las tiendas de animales. Verlos encima de la cama, con las patazas y la baba cayendo, me resultó una imagen inmundada.

Superpuestos a los perros negros, había al menos una veintena de iconos. Programas y carpetas. Y el símbolo del correo. «Por suerte, los jóvenes actuales dejan rastro», me dije. Encontré varios mensajes en la papelera. Pero solo uno que me interesó. Datado casi tres semanas atrás:

De: Nat

A: Mario. Asunto: nuestro aniversario.

Cariño, te paso dos artículos. Son muy buenos. Hablan de la magnificencia del universo y de la insignificancia del ser humano. De que solo somos partículas, solo eso, partículas, por muy particulares que nos creamos.

Un beso, peque.

Me provocó cierta repulsión imaginar a aquella Natacha, Natividad, Natalia o lo que fuera rodeada de perros, sufriendo martirizantes ejercicios gimnásticos y utilizando diminutivos para disimular la edad.

En el antepié del escueto correo apareció una información añadida. Así fue cómo conocí la existencia de una asociación llamada Brun Co.

Capítulo II

La Brun Co. se encontraba en la sexta planta de un edificio de los años setenta, no muy lejos del centro histórico. La puerta permanecía entreabierta, llamé con los nudillos y entré a una pequeña sala de recepción con una silla y una mesa. No había nadie. Al lado de una escultura del David de Miguel Ángel, barbudo y superdotado, un cuadro muy grande presidía la pared frontal. Se trataba de una mujer formada por cubos y cuadrados, caminando sobre una infinita cuerda floja extendida en el espacio.

—¡Salgo! —gritaron desde el interior.

Se me aceleró el pulso y fingí mirar el cuadro porque me sentía ridícula, esperando de pie, con las manos entrelazadas y la vista fija en la puerta del pasillo.

Debajo del cuadro, un cartel rectangular indicaba: *La mujer geométrica*. En conjunto me provocaba una familiar sensación de vacío. No tanto de haberlo visto con anterioridad sino de haberlo soñado.

—¿Le gusta? —preguntó una voz a mis espaldas.

Al girarme, encontré a un hombre de unos cuarenta años que olía a jabón. Se había colocado demasiado cerca y me sentí incómoda. Poseía un poso de tristeza en el modo de mirar, aunque sonreía muy bien.

—Lo pinté durante una década en la que solo fui capaz de crear ese tipo de cuadros. Cuadros de geometría, los llamo. De ese mundo que nunca abandona las formas. —Se separó un poco y preguntó—: ¿Le gusta la pintura?

—Sí. Pero... solo soy..., soy una aficionada. Una mala aficionada.

—Por eso ha venido a la academia.

—Por eso. Buscaba a una mujer llamada Nat.

Me observó de arriba abajo.

—Vaya —pareció un poco decepcionado—, Nat.

—Sí.

—No vendrá hasta el martes. ¿Puedo ayudarla yo? Soy Rodri Brun.

—Me temo que no mucho.

—Qué se le va hacer entonces.

Quería continuar hablando con él, seguir indagando, pero no se me ocurrió nada más que:

—Soy Claudia —mentí.

—Claudia. No hay muchas Claudias sueltas por ahí.

—La verdad es que no.

—Pero es bonito.

Sentí que me ruborizaba. Hacía mucho tiempo que no me sucedía. ¿Desde la adolescencia? ¿Qué hacía ruborizándose a mis cincuenta años? Me pareció una petulancia. Pero el mecanismo del sonrojo funcionó con eficacia: pensé que iba a parecer una idiota si me ponía como un tomate y, de inmediato, me subieron los calores. Me avergonzó tanta inconsistencia. Que por un instante hubiera olvidado el motivo por el que me encontraba allí. La inquietud por la que valía la pena suplantar la identidad de otra persona.

—La academia se encuentra —señalé hacia el interior del pasillo...— Quiero decir ¿hay varias clases dentro o...?

Rodri esperó a que terminara la pregunta y como yo no supe continuar se creó un incómodo, aunque breve, silencio. Al fin dijo:

—Dos clases. Una grande y otra más pequeña. —Y tras una pausa, añadió—: Pero pase. No hay problema. Si no tiene prisa, claro.

Comenzó a andar y le seguí. Entramos por un largo pasillo con cuadros en el suelo apoyados en las paredes.

Me fue mostrando las aulas donde abundaban lienzos y caballetes, un almacén oscuro repleto de trastos, el servi-

cio, otra pequeña sala... y un despacho de puertas altas, también blancas con ventanitas de cristal traslúcido.

En el interior, una mesa y dos sillas de confidente. Me ofreció asiento.

—¿Quiere tomar algo? No le puedo ofrecer gran cosa, pero...

—Nada. Bueno... si tiene café, un cortado no estaría mal.

Desapareció al instante y esperé. Quizá solo transcurrieran un par de minutos. Insuficientes sin duda para que se me ocurriera una argumentación de por qué estaba allí. Regresó con el cortado y una botella de agua.

—Le he traído azúcar porque supuse que una mujer como usted no tomará sacarina.

Se me escapó una risa. Una risa impostada y nerviosa.

—¿Por?

—Porque a la vista está que no necesita dietas ni nada por el estilo.

Aunque había pensado pedirle sacarina, abrí el sobre de azúcar y lo volqué entero en la taza. Por un momento me asaltó la insólita imagen de que se acercaba por detrás y comenzaba a acariciarme los hombros.

—¿En qué piensa? —preguntó.

—En... nada.

—Se había quedado... ¡pum!, como en otra parte. —Se sentó en la esquina de la mesa, una pierna apoyada en el suelo, moviendo la otra atrás y adelante. Bebió un trago de agua—. ¿De qué conoce a mi socia?

—Qué.

—A Nat.

—¿Nat es su socia?

Asintió y jugueteó con algo que había sobre la mesa.

—En realidad no la conozco. Me refiero a que no la conozco personalmente. Una amiga me recomendó...

—Qué amiga.

—Claudia —dije, sin reparar en la torpeza.

—¿Otra Claudia?

—Otra, sí.

—¿También tan guapa?

Pensé: «¿De qué va esto?».

—Más. Y soltera. No como yo.

—Lo dice con resentimiento.

—El qué.

—Eso de... «no como yo».

—Ah, no. En absoluto. Estoy felizmente casada.

Dio otro trago de agua y se acabó la botella.

—Me gustan más las casadas que las solteras.

Pensé de nuevo: «Qué es esto».

—Aunque eso nos pasa a todos los que no tenemos pareja. Del mismo modo que a las casadas les gustan más los solteros. Es una ley física.

—No en mi caso.

—Está al margen de las leyes físicas.

—Es una ley física muy particular.

—Eso podríamos discutirlo.

Sentí que iba a ruborizarme de nuevo. Terminé el café antes de levantarme.

—Quién sabe. Quizá en otro momento.

—Lo único que deseaba transmitir es que carece de sentido edificar murallas contra la naturaleza humana.

«¿Murallas contra la naturaleza humana?». Regurgité la frase mientras abandonaba el despacho. Rodri me acompañó hasta la puerta y una vez allí hizo una especie de genuflexión histriónica que le quedó muy bien.

—Solo era una... tontería —se excusó.

—No se preocupe. Soy bastante mayorcita para que determinados temas me incomoden.

Abrí la puerta y cuando estaba a punto de salir, me detuvo:

—Si lo desea, podemos repetir el café otro día.

* * *

Aguardé con impaciencia a que llegara el martes. Ajena a la rutina de la casa. Mario entrando y saliendo de la habitación, más callado cada vez, ensimismado, respondiendo a mis preguntas con monosílabos. Como si estuviera loca. Humberto que llega tarde del trabajo. Cena rápido viendo la tele. Lee novelas en el sofá. Se acuesta. Se levanta temprano. ¿Qué habría dicho si hubiera sabido que había comenzado a investigar a Mario? ¿Qué me había plantado en la Brun Co. y que hablaría con Nat en unos días? Imaginarlo me desasosegaba. Pero seguro que pensaba que *mi obsesión pasajera estaba* remitiendo o algo por el estilo. Porque le podía más el deseo que la realidad.

Así funcionaba él.

El martes siguiente, de camino a la Brun Co. sentí una especie de liberación. Esa seguridad que otorga el saber que se sigue el camino correcto a pesar de que el mundo opine lo contrario.

Rodri no me sorprendió esta vez por la espalda. Nos tuteamos.

—Nat está al caer. Me ha llamado y en diez minutos llega. ¿Te apetece otro cortado con mucho azúcar?

Asentí y recorrimos el mismo camino hasta el despacho. Después desapareció y regresó al momento con el vaso, el azúcar, un palito para remover y una botella de agua. Lo dejó todo sobre la mesa.

—¿No te vas a sentar?

Había cambiado la indefinible camiseta roja de la primera vez por una camisa blanca a juego con el pantalón. Le añadía cierta elegancia. El rostro anguloso. Lobuno. La nariz grande. La boca grande. Las orejas grandes. Las manos grandes.

Me senté en la silla y él se quedó de nuevo enfrente, apoyado en la mesa. Bebió sin dejar de mirarme.

—¿Qué te contó tu amiga Claudia de nosotros?

Tardé un instante en responder.

—Me habló de las clases.

—¿Ha estudiado en la academia?

—Ella directamente no. El hijo de una amiga suya. Y, no te lo tomes a mal, pero le habló maravillas de Nat. Igual solo le dio clases ella, ¿es posible?

—Es posible. O quizá me tuvo de profesor, pero solo le causó sensación Nat. Suele pasar.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es una obviedad.

—¿Causa mucha sensación entre sus alumnos?

—Más que yo.

—¿Es guapa?

—Ahora la verás.

—¿Casada, soltera...?

Nada más realizar la pregunta me di cuenta de la torpeza. Rodri frunció el ceño.

—¿Para qué hablar tanto de Nat?

Casi sin dejarle terminar la pregunta dije:

—Seguro que tú también tienes mucho éxito con las niñas que vienen a la academia. Porque cuál es la edad de los alumnos, son jóvenes, ¿no? Son todos...

—A mí no me gustan las niñas. Me gustan las mujeres.

Pensé: «Ahora el sonrojo no, por favor, Sara». Pero no pude evitarlo. Intenté parecer tranquila pese a todo.

De nuevo me escudriñó de arriba abajo. Me dio miedo que de un momento a otro dijera algo así como: «Cuéntame la verdad, qué haces aquí, qué buscas». Eso parecía. Y la primera estupidez que se me ocurrió decir en medio de aquella confusión fue:

—Yo creo que hay una gran diferencia entre amor y sexo.

Se rio. Y de nuevo me puse muy roja.

—Qué te hace tanta gracia —le pregunté.

—Tu prepotencia.

—¿Mi... prepotencia?